

Psicoanálisis y psicoanalistas: relación con lo político y lo cultural

Aldo Melillo

Sociedad Argentina de Psicoanálisis

Introducción

Un trabajo como éste entra, con bastante seguridad, en una categoría llamada 'testimonial'. Pero yo digo: ¿de qué modo que no sea testimonial se pueden evaluar los efectos del entorno social en sentido amplio sobre un psicoanalista ejerciendo su tarea específica con sus analizandos? ¿No hay acaso, distintos tipos de lazos sociales que cada uno de nosotros establecemos con otros, dentro de uno mayor que nos abarca representado por la sociedad y la cultura del tiempo que vivimos? Hay, efectivamente, un tejido de múltiples vínculos cruzados, que nos influyen y con los cuales interactuamos.

Maturana y Varela (1994) dicen que los seres vivos (y nosotros como tales) somos sistemas autopoieticos cerrados estructuralmente pero en conexión íntima y persistente con nuestros congéneres y, por supuesto, con nuestros respectivos nichos ecológicos. La deriva existencial de los conjuntos sociales produce sus adaptaciones para sobrevivir, funda sus culturas y sigue su evolución... mientras pueden.

En un trabajo anterior (Melillo, 2000) intenté vincular la idea del proceso psicoanalítico, como lo entendemos hoy, con el desarrollo del proceso existencial de un sistema autopoietico partiendo de una cita de Freud (1913):

El médico analista es capaz de mucho, pero no puede determinar con exactitud lo que ha de conseguir. Él introduce un proceso, a saber, la resolución de las represiones existentes; puede supervisarlos, promoverlos, quitarle obstáculos del camino, y también, por cierto, viciarlos en buena medida. Pero, en líneas generales, ese proceso, una vez iniciado, sigue su propio camino y no admite que se le prescriban ni su dirección ni la secuencia de los puntos que acometerá (pp. 131-132).

Freud, aquí, dirige nuestra atención sobre una cierta autonomía del proceso psicoanalítico una vez que se inicia. Pero esto plantea algunas preguntas: ¿Qué alcance tiene esta autonomía del proceso psicoanalítico? ¿Supera incluso la voluntad del analista, quien es el que organiza y decide en primera instancia el comienzo del proceso? ¿Somos tan sólo una nueva especie de “aprendices de brujo”?

Del concepto de autopoiesis, aplicable en diversos campos del conocimiento (N. Luhmann, 1998), podemos abstraer estas cualidades: a) es procesal, tiene un comienzo, un desarrollo y un fin; b) es autorreferente, aunque se vincula con el entorno; c) se constituye sobre la base de un nexo estructural que se autoreproduce, construyendo nuevos emergentes; d) es autónomo, una vez que se pone en marcha.

Hay muchos puntos de contacto con las características que habíamos puesto de relieve del proceso psicoanalítico: la autonomía que le otorga Freud, la circularidad referencial de la transferencia-contratransferencia, la producción y reproducción de una narrativa que porta sentidos en transformación. Además permite la inclusión plena del terapeuta en el sistema sin que se altere la especificidad de su rol y explica o permite distintas aproximaciones a varias cuestiones:

1. Hay que despejar definitivamente la idea de que un análisis pueda “completarse”, simplemente porque la posibilidad de seguir produciendo narrativas por la pareja analítica es infinita: no se trata de un rompecabezas histórico que se puede terminar.
2. Freud (1937) se lo cuenta así en una carta a Fliess en 1900 (carta 133):

E. concluyó, por fin, su carrera como paciente mío con una invitación a cenar en mi casa. Su enigma está casi totalmente resuelto; se siente perfectamente bien y su manera de ser ha cambiado por completo; de los síntomas subsiste todavía un resto. Comienzo a comprender que el carácter en apariencia interminable de la cura es algo acorde a ley y depende de la transferencia (p. 217).3.
3. Si entendemos el proceso psicoanalítico como un sistema autopoietico se hace patente la inclusión plenamente participativa del analista y permite diferenciar como entorno del sistema: a) las creencias y deseos del terapeuta que la abstinencia le pide dejar en suspenso; b) los ‘otros’ significativos de la vida del paciente y, a veces, también del analista; c)

las teorías psicoanalíticas; d) el imaginario social y la realidad social en su conjunto; e) la supervisión del caso; etcétera. Lo que emerge en el sistema influye en el entorno, pero lo existente en éste también puede gatillar cambios en el sistema, producir modificaciones.

4. Por otro lado existe la posibilidad de una observación de segundo grado, la supervisión, que no intersecta con el proceso psicoanalítico en sí: produce un nuevo emergente, diferente del propio proceso, más próximo a la teoría. El analista ‘operando’ apunta a la viabilidad/inviabilidad de la construcción que le ofrece al paciente.

Por otro lado, lo que ha dado en llamarse nuevas prácticas del psicoanálisis, aquellas que se alejan del consultorio privado y los encuadres clásicos, la inclusión de los analistas en prácticas multidisciplinarias y la aparición de nuevas patologías que requieren nuevos abordajes, se legitiman, no desde el encuadre, que se use, sino desde el producto de la práctica, el proceso psicoanalítico establecido en formas atípicas pero ‘produciendo’ psicoanálisis, nuevos significados, nuevas narraciones, con efectos terapéuticos.

De modo tal que suele ser muy forzado establecer parámetros de conductas que excedan aquellos que se van modelando en la deriva de nuestras interacciones con aquellos con quienes trabajamos pero también convivimos una determinada época.

Éste sería a vuelo de pájaro, una brevísima reseña de mi “psicoanalismo”, palabreja que invento para emparentar de movida la mezcla que se produjo en mi vida entre el psicoanálisis, la ideología y la política. Estoy seguro de que no es la única mezcla posible y que es un fenómeno más extendido de lo que parece, pero aquí hablaré sobre todo de mis experiencias.

Y algún día empezaron las cosas...

Para aproximarnos al objetivo de este trabajo comenzaría por recordar una reunión científica de APA en los años 60. De allí tengo la imagen de Willy Baranger agitando su corbata y diciendo que ella (la corbata) rompía la abstinencia y la incontaminación ‘quirúrgica’ del campo de trabajo analítico. Claro, el clima a lograr en el trabajo psicoanalítico es de una confidencialidad amorosa y respetuosa para permitir al analista la percepción flotante y al sujeto la expresión libre y espontánea... en la medida de lo posible, sin rigideces paralizantes.

A los que nos atrae pensar el dispositivo analítico como un campo dinámico, la influencia de los diversos nichos ecológicos en que se desarrolla la vida de los seres humanos en nuestras sociedades complejas, extensas y variables, son parte del paisaje social y sus dinámicas. No se puede prescindir de ellos para poder desarrollar bien nuestro trabajo.

Quizás un modo fácil de empezar a explorar cómo el entorno social comienza a impactar nuestra subjetividad, es señalar cómo la profundidad del entorno familiar inmediato, comienza a revestirse de señales que son extrañas (para el niño/a) porque exceden la ecología que en determinado momento se reconoce como la propia. La filtración de lo propiamente familiar y original lo va revisitando con efectos sobre los integrantes del grupo, con datos explicativos, que además se cargan de valores negativos o positivos, de aceptación o rechazo. Lo más común es la aceptación de los criterios de los mayores, sobre todo si son coincidentes. Esta situación primigenia permite marcar los siguientes pasos en la construcción del lazo social:

1. *Propinquidad*, o sea la proximidad con los otros componentes de un determinado grupo, el hecho primario de estar juntos y unidos por la vida
2. *Actividad productiva conjunta*, que tiene dos efectos fundamentales: en primer lugar crea relaciones sujeto-sujeto y no sujeto-objeto, y por otra parte genera motivaciones comunes en el proceso de actividad. Como resultado de la actividad se produce subjetividad (significados de palabras, conceptos, motivaciones, creencias y expectativas),
3. *Intersubjetividad*. Al ser compartida entre un cierto número de personas se genera la intersubjetividad, el mundo se capta de la misma manera y se crean las condiciones para la existencia de una mayor.
4. *Afinidad*, en el sentido de un compañerismo sentido y una inclinación a sostener la relación que cierra el ciclo aumentando la propinquidad con el grupo.

Este ciclo de producción del lazo social es conservador en sí mismo, en el sentido que tiende a estabilizar un grupo de cualquier índole. Por eso en una sociedad compleja conviven diferentes grupos: de género, de clases económico sociales, de razas, religiones, de niveles de instrucción, lengua, etc.; también grupos socialmente marginales y conflictivos, (de adictos, delictivos, etc.). Generalmente los sujetos pertenecen a más de un grupo.

Pero como dijimos antes, esta construcción primaria, familiar, al expandirse, suele incluir a través de algún o algunos de sus miembros, conceptos y/o creencias que sacuden el repertorio originario. Muchas veces no hay tal introducción novedosa y lo que ocurre es que cierto sujeto del grupo percibe o comprende algo que estaba asentándose como novedad en el grupo.

En familia: empieza una historia como tantas

Mi padre era médico y había estudiado en los años de la Reforma Universitaria de 1918. Aunque nunca habló de eso, su condición de hijo de inmigrantes italianos, que por ser de los últimos, pudo estudiar y conectarse con una real vocación de servicio como médico; no es raro que su primera afirmación política fuera el radicalismo irigoyenista (“peludistas” les decían). Sin embargo, para los años 40 cuando yo empezaba a asomarme a las tertulias de las noches en mi hogar que versaban sobre cualquier cosa, pero con mucha frecuencia sobre política, se había peleado con los radicales, aunque uno que era amigo y diputado solía ser parte de las tenidas, lo mismo que un jefe conservador que vivía enfrente de mi casa... Cosas de pueblo chico...

Fue así como mi padre, y con él toda la familia, se hizo peronista por su amistad con un teniente coronel que fue a dar a Zárate castigado por ser parte del protogrupo peronista y yo me encontré después de las elecciones del 46 anotando pacientemente, en un cuaderno, las noticias del escrutinio que no se hacía como ahora en las mesas y el mismo día, sino a posteriori y mesa por mesa, pero sin fraude.

Sigo conmigo porque vienen mis primeras transformaciones ideológicas, las cuales me van alejando, pero sin rupturas, de las familiares. En el 47 no pude entrar al Liceo Militar como había hecho un buen amigo un par de años antes, frustrándose una temprana vocación militar. Ésta se perdió para siempre pero entré a tambor batiente al secundario en Zárate y enseguida a la adolescencia con los pantalones largos en 2º año: más amigos/as, otras lecturas, otras ideas.

El caso de un estudiante comunista, Mario Bravo, secuestrado y torturado por la policía, que yo leía en el diario La Nación, más la convivencia con la clase ‘alta’ (media, con suerte, en Zárate) me permitió sentirme más integrado en los nuevos ámbitos en los que circulaba y, sin demasiada conciencia, me fui alejando en mis primeras elucubraciones políticas del cogollo familiar primario.

En el 52 ingreso a Medicina y vengo a vivir a Buenos Aires. Nuevos amigos de la Facultad alternaban con los zarateños/as que nos visitaban. Nuestro anti-

peronismo aumentaba pero la fiesta popular que significaba la mejora social de la mayoría se sentía en calles y clubes y también nosotros la disfrutábamos. En ese momento hacíamos un seguimiento tibio de la política universitaria; había un Centro de Estudiantes opositor, el CUM, y una vez que declararon un paro resolvimos con la comisión de Anatomía acatarlo y nos fuimos a jugar al billar: ¡Vaya militancia...!

Mi estreno político en la calle fue ir solo a un acto radical para la elección de vicepresidente (Larralde vice, mi primer voto) que terminó en un fuerte *sprint* para escapar de la policía porque no se podían hacer manifestaciones luego del acto.

El golpe del 55 se produjo: se acababa el peronismo y empezaba un período de libertad y democracia, pero con las mayorías populares proscriptas. Sin embargo, para la vida de la Universidad se abrió, sin ninguna duda, un proceso refundacional que la iba a llevar en principio a un gobierno autónomo y participativo (con estudiantes y graduados) y una importante apertura científica, ideológica y, en menor grado, a la comunidad.

En Medicina, como el Centro de Estudiantes fue intervenido comenzaron una serie de asambleas abiertas a todo el estudiantado en el aula Magna. Entre los avatares estudiantiles de la Facultad de Medicina se conformó un grupo de estudiantes que entró de lleno y con fuerza, en la política universitaria, ocupando desde las primeras asambleas lugares representativos que se consolidaron electoralmente: para la Junta Consultiva, el Consejo de la Facultad, el Consejo Superior Universitario y, obviamente, el Centro Estudiantes de Medicina. El grupo constituía el Movimiento Universitario Reformista, donde coincidíamos muchos que después fuimos psicoanalistas. Miguel Angel Hadida (actualmente colega de APA y militante del grupo universitario), cree que fue ese ingreso masivo de universitarios politizados lo que produjo profundos cambios institucionales en la APA, con las rupturas incluidas.

Política universitaria y psicoanálisis

Desde ese lugar de poder y en razón de relaciones particulares de algunos integrantes del grupo, se terminó por abrir paso al psicoanálisis en la Facultad de Medicina, antes de que la creación de la carrera de Psicología permitiera una entrada más 'regular'. Fueron pioneros en este sentido Angel Garma, Arnaldo Rascovsky y Arminda Aberasturi, que llenaban el aula grande de Anatomía de estudiantes y jóvenes profesionales interesados en el tema que para muchos, y yo me incluyo, era novedoso.

Año 1958, último año de la Facultad, Representante por los estudiantes en el Consejo Superior de la UBA (comisión de Enseñanza), casado, nace mi primer hijo. En ese momento, luego de un año de clases teóricas, se nos ofreció la posibilidad de un primer contacto con un tratamiento psicoanalítico: era entrar a un grupo con Garma o Rascovsky (había otros). Había que analizarse y qué mejor oportunidad que el grupo con Angel que comenzaba. La modalidad de Garma era dejarnos hablar de a uno y cuando le parecía oportuno iba interpretando también uno a uno, hablando poco de las interacciones verbales o gestuales, pero sin dejar de calar hondo en las problemáticas de cada participante. Las sesiones duraban rigurosos 50 minutos, de las 19 a las 19.50 y a las 20.10 entraba el 2° grupo. Se dedujo en el intergrupo que se armaba en el Dandy (bar que estaba enfrente del departamento de Garma), que esos 20 minutos eran para acompañar durante la cena a sus dos niñas pequeñas que un día nos presentó rápidamente. ¿Se salió del encuadre? Si fue así, se lo agradezco oficialmente. Desde el comienzo, pese a los inevitables cruces, me sentí autorizado a atender en mi casa. El balance fue bueno.

En algún momento apareció un observador del trabajo del grupo, que se sentaba medio de perfil y como saliendo de la ronda, que nunca abrió la boca; algunos lo conocíamos de verlo en El Gráfico (era nadador), otros en persona, era Eduardo 'Tato' Pavlovsky.

En mi segundo año de análisis en grupo me recibí de médico y entré como residente de Clínica en el Instituto de Investigaciones Médicas que dirigía Alfredo Lanari y el sueldo me alcanzaba para mantenerme. Entonces le pedí hora a Garma para un análisis individual pero no tenía; entonces supimos y fuimos una banda de compañeros a pedirle hora a Jaime Tomás Iruetagoiena, que recién volvía a la Argentina y tenía el privilegio de ser otro vasco analizado por Angel Garma. Iba a ser didacta, pero le faltaba terminar de revalidar su título mexicano de médico. Ahí perdimos unos años antes de poder entrar a la APA, pero nos formábamos por afuera: un largo y completísimo cronológico de Freud con Carlos Mario Aslan, grupo de Nunberg y 'todo lo demás' con Arnaldo Rascovsky, supervisiones varias (controles se llamaban entonces), etc.

Vida y vivencias en la Institución: al fin en la APA

Finalmente en 1965 entramos los analizandos de Jaime Tomás y por primera vez en APA se abrieron dos grupos de candidatos para seminarios que funcionaban a la misma hora. Esto motivó que un grupo más o menos fijo y

cambiante a la vez, nos reuniéramos después de seminarios en un café cercano. En ese encuentro informal se hablaba de todo, pero me interesa resaltar que había siempre un repaso crítico en general positivo pero también negativo de lo que ocurría en los seminarios. La política universitaria nos había hecho un poco iconoclastas pero siempre estábamos dispuestos a rescatar maestros indudables o entrañables. Estaban ya bien vigentes las reglas importadas (¿e impuestas?) desde Londres (Avenburg, 2014) sobre no tener cruces con los didactas y eso se cumplía a rajatabla, pero los grupos endogámicos de origen subsistían y las rivalidades grupales también.

El conflicto que generó la creación de la Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados reabrió el viejo conflicto que se zanjó sacando la palabra psicoanálisis que quedaba sólo para APA y prohibiendo a los que estábamos en Seminarios ser profesores en la Escuela, pues el proyecto se hizo desde el grupo de estudios de Arnaldo Rascovsky donde estábamos todos los candidatos del clan.

De todos modos debo decir que la experiencia de Seminarios donde nos mezclábamos todas las genealogías, para mí fue una experiencia valiosa y en algún modo, sanadora, en el sentido de salir del exclusivo grupo endogámico en que me venía desarrollando como analista: que profesores y compañeros de otras vertientes reconocieran mis opiniones como pertinentes me hizo sentir mucho más seguro en el resbaladizo trabajo psicoanalítico en que estaban empeñados mis esfuerzos.

El entusiasmo creciente en el ambiente universitario generó la realización del Primer Seminario Estudiantil Latinoamericano de Psicología Médica y Psicoanálisis en Porto Alegre. Evidentemente respondía a una política de la APA en su conjunto porque recuerdo a Angel Garma y Marie Langer dando seminarios. En la Asamblea final de los estudiantes, logramos que se resolviera hacer en Buenos Aires el 2° Seminario, pero el Centro de Estudiantes lo dejó pasar, a pesar de la mayoría de compañeros que también rumbeaban hacia el psicoanálisis como principal objetivo. Ya hacía unos años que Alfredo Lanari se decía a sí mismo que algo debía tener el psicoanálisis para que tantos dejáramos la Clínica para seguir ese rumbo.

Pero los tiempos se aceleran y las sociedades cambian

La efervescencia de la política universitaria y la propia del introducirse en procesos psicoanalíticos, era un combo potente por todos lados: pero la juven-

tud y la ambición de vivir todas las oportunidades que se abrían eran aceptadas con entusiasmo.

Todo eso lo frenó el golpe militar de Onganía (en 1966), tanto para el país, como para la política en general. La Noche de los Bastones Largos que marcó la intervención violenta de la Universidad de Buenos Aires, motivó un éxodo de docentes e investigadores, más la persecución política, produjo una crisis total de la vida universitaria que culminó en los años siguientes con la emergencia y resistencia de las cátedras nacionales en las áreas de humanidades. El estudiantado pensaba cada vez más en salidas revolucionarias. Quedaba planteado un proceso militar sin plazos, con la disolución de los partidos políticos y con un nivel de violencia atemorizante. La ruptura de la continuidad democrática de la vida universitaria explicitó a fondo esa política: la famosa política de la Seguridad Nacional según el talante del Imperio que ya venía instruyendo a nuestras Fuerzas Armadas desde la época de Frondizi.

Con el napalm se iluminaba no sólo la tragedia de Vietnam, también se tejían las urdimbres de la revolución sexual con marihuana incluida, los nuevos modos de encarar la Revolución social. Al Mayo Francés lo seguía el Cordobazo entre nosotros y se trataban de jugar algunas fichas a una nueva salida (maniatada) democrática con la llegada de Lanusse al poder militar.

Pero en el 65 nosotros entramos en los seminarios de APA (¡por fin!), y resultó una experiencia estimulante psicoanalíticamente y con una estudiantina divertida que se agregaba.

En el 66 había un Congreso Panamericano en Buenos Aires y nos incorporamos al trabajo organizativo. En una asamblea se planteó el problema de dónde se haría el Congreso, porque el golpe de Onganía complicaba a la APA si se hacía como estaba planeado en los salones del Consejo Deliberante, debido a que había que tratar con los militares. Yo estaba con mi compañero de seminario y amigo Alan Poe Castelnuovo y me convenció de que era una tontería depender de los militares si con una pequeña inversión de los congresistas se podía tener un Hotel de primera. Prestamente pedí la palabra y planteé su tesis, que fue rápidamente aceptada. Al terminar la Asamblea Rodrigué, que era el presidente, me agradeció la idea que no era mía.

Como estaba a cargo de la relación con la Asociación de Psicólogos, cuando los llamé y percibí su desaliento por la situación universitaria, me di cuenta que después de la noche de los bastones largos las cosas habían cambiado profundamente en nuestro país y que se iba a enfrentamientos cada vez más duros.

Pero había conciencia en la APA de que era importante para la Institución hacer algo con el objeto de ayudar a la sociedad, por lo cual se creó el Centro Racker que comenzó ofreciendo la posibilidad de llevar a un tratamiento psicoanalítico a personas con algún compromiso social. Los atendíamos los candidatos gratis y nos daban una supervisión semanal (también gratis), todo durante un año y después decidíamos nosotros cómo seguir. Confieso que de entrada no me gustó la idea de hacer sólo tratamientos individuales como modo de intervención, más cuando me enteré que se trataba de un cura. Pero resultó ser un militante social y político que en poco tiempo colgó los hábitos, se casó e hizo un buen tratamiento que duró varios años.

Con ese paciente y militante aprendí a dejar la abstinencia de lado cuando fue necesario y a señalarle que iba por un camino peligroso y que debía buscar otro. Un conocimiento empírico del nuevo bagaje que obligaba a usar la violencia de la época se agregaba a mi técnica psicoanalítica.

Quizás una aproximación más equilibrada de la situación de la APA en ese momento era ubicarla como una institución viva y movilizadora científica y culturalmente, pero quizás, para nuestro gusto, no lo suficiente para el lado de la política ni teniendo mucho entusiasmo para hacer un proceso de autocuestionamiento del modo de inserción en una sociedad que, pensábamos, se movía hacia cambios fundamentales.

Sin embargo, un cambio importante fue el pasaje al superador sistema de coloquio para acceder al grado de miembro adherente suprimiendo la presentación de trabajos de un formato repetitivo y previsible, que David Liberman irónicamente, los llamaba NORPA, que era el nombre de la imprenta usada por todos para su impresión.

La carrera analítica seguía con un curso para ingresar como ayudantes a dar clases en los seminarios. Pero quiero recordar una reunión organizativa abierta, es decir con profesores titulares y didácticos y los recién incorporados adherentes. No recuerdo por qué tema se dio una discusión entre Antonio Barrutia y Diego García Reynoso, adherente y didacta, en la cual de pronto Diego quiso hacer valer su grado mayor a lo que Antonio replica: *—¿Entonces somos los convidados de piedra?* y Diego responde *—Sí, son los convidados de piedra*. Lo gracioso es que poco tiempo después, Diego se iba de APA con Plataforma y Antonio se quedaba aunque muchos amigos nos fuimos con Documento. En las primeras reuniones críticas de un tiempo después estábamos todos juntos.

Terminados los seminarios y aceptados como adherentes a través de los

amables e inteligentes coloquios, la política institucional y la de extramuros nos llamaba y exigía. En el relato fui desgranando cuestiones de adentro y de afuera y eso proseguía pero con la sensación de que las tensiones aumentaban y nosotros no éramos ajenos a eso.

Un ejemplo fue un grupo de estudios sobre Marx y Althusser con Raúl Sciarretta del cual participábamos Hugo Rosarios, Carlos Kaplan, Pancho Bellagamba, Antonio Barrutia, Horacio Scornik, yo y creo que algunos más. Era el modo grupal de intentar construir un soporte político para la acción. Para mí, estar con Sciarretta tuvo un plus: en efecto, fue especial porque él era de Zárate como yo, de familias conocidas y eso me llevó a cierto nivel de confianza como para pedirle prestado el libro *Las causas del peronismo* de Rodolfo Puiggrós, con una mirada desde la izquierda, cuya lectura me motivó para empezar a buscar un espacio en el heterogéneo panorama de la política peronista, pero entrando por el lado izquierdo. Y en eso andábamos, no sólo nosotros sino muchísimos argentinos inquietos.

La ruptura con la APA

Así se produjo la ruptura con la APA: hubo una volanteada dentro de la APA por una situación externa que provocó discusiones y el grupo que había vuelto de Europa como Plataforma Internacional (luego Minga) resolvió renunciar a la Institución. En realidad, eran parte de un grupo crítico mayor donde estábamos muchos más, reuniéndonos y discutiendo líneas a seguir con compañeros que finalmente siguieron en APA. Recuerdo una ardua discusión con José Bleger, con un fuerte intento de convencerlo que no prosperó.

Poco después renunciamos como grupo Documento otros 20 miembros de la Asociación. En lo personal, me tocó a mí leer el texto del documento de nuestra renuncia ante la asamblea de APA presidida por mi analista didáctico Jaime Tomás. No fue fácil, pero tuve que hacerlo.

Nuestro primer recalaje conjunto de los grupos Plataforma y Documento, que en realidad venía de antes, fue la Federación Argentina de Psiquiatras de Capital Federal.

Me parece importante recordar algo que ocurrió en ese momento y que fue una disputa entre ambos grupos para dirimir los cargos directivos y que llevó a una decisión democrática pero peleada en la Asamblea. Cualquier analista pensaría en el narcisismo de las pequeñas diferencias para gente que iba detrás de una revolución, pero el hecho fue que los grupos emigramos de APA separa-

dos y disputamos democráticamente la presidencia de la FAP Capital y la ganó Documento que puso a Fernando Ulloa, nuestro único didacta.

Pero de esta situación se salió hacia arriba y al frente mezclando compañeros en el trabajo directivo de la FAP Capital y fundando el Centro de Docencia e Investigación en Salud Mental, que abarcaba lo propio de las disciplinas incluidas en la salud mental y también, desde la política, cursos con una perspectiva marxista, y que comenzó a trabajar con los compañeros del sector.

El CDI subsistió hasta el golpe del 76. Yo trabajé poco, pero estaba integrado a un equipo que coordinaba Santiago Dubcovsky. Quiero señalar el modo que eligió para trabajar con grupos muy heterogéneos, con diferentes niveles de experiencia y formación, pero que a partir del relato de sus prácticas él se las arreglaba para introducir teorías y conocimientos psicoanalíticos, en algo así como una proto-Clínica Referenciada.

Cuando lo grupal se vuelve primordial

Creo que si algo marca o pone un sello en la cultura de corte revolucionario de fines de los 60 y el primer quinquenio de los 70, fue la clara idea de la preeminencia del grupo sobre el individuo: la tendencia dominante era pensar y actuar en grupo. Y en algo como el psicoanálisis, tan personal e íntimo, hecho originalmente por uno para otro singular, el grupo terapéutico fue el punto más fácil de abordar. Pero también estaban los grupos de estudio y, *last, but not least*, el grupo político.

Así se pasó de un observador silencioso a las coterapias, de los grupos basados sólo en la palabra, a las dramatizaciones, la exploración del cuerpo y sus sensibilidades, de los grupos semanales de larga duración a las maratones de uno, dos o tres días de duración. Ya no circulaban sólo palabras e interpretaciones sino expresiones corporales de afecto y afirmaciones de terapeutas o compañeros del grupo: un Killigmo anticipado pero no teorizado, ¡Ferenczi circulando antes que su Diario Clínico!

La importancia del grupo para la terapia, el trabajo, la política, agrandó nuestros compromisos con los otros más allá de los consultorios, para lo cual hubo que aflojar las reglas asentadas en la práctica psicoanalítica hasta entonces, por supuesto, en los grupos que cada vez nos comprometíamos más en la política...

En determinado momento surgió en uno de los tantos grupos que se armaban, la idea de hacer un grupo de autogestión, pero como éramos muchos se

decidió hacer dos que funcionaron como cinco años y se disolvieron cuando varios compañeros se tuvieron que ir luego del golpe.

La nuestra fue una muy buena experiencia, realizada con buena inteligencia y mucho amor circulando en esos años, lo que era sin duda muy difícil. Quizás para entender un proceso como ése, se requiere pensar en el sistema motivacional del apego desarrollado en una situación de máxima intimidad que tranquiliza las pasiones para poder asegurar un vínculo plural y sanador. El mundo alrededor era inhóspito y amenazante, pero el grupo garantizaba compañía y amor.

Después del golpe genocida

A pesar del voluntarioso y sincero empeño de Ricardo Balbín de llegar a una resolución democrática de la crisis, los tiempos militares ya estaban fijados con un plan preciso de distribución de tareas entre ellos y los equipos civiles colaboracionistas escogidos, como hoy sabemos. Entre nosotros, el CDI pronto dejó de funcionar: había muchos compañeros con lazos con las agrupaciones armadas que ya estaban en la clandestinidad.

Para los políticos de superficie a veces era una lotería, otras se podía hacer previsiones e irse a tiempo. Unas tres semanas después del golpe, secuestraron a un colega y amigo de Documento, y de la vida, “Pancho” Bellagamba desde su casa y del consultorio donde atendía un grupo terapéutico, mientras su mujer atendía otro grupo, además de robarse objetos. Poco tiempo después Horacio Scornik, que hizo muchas gestiones por Pancho, recibió una amenaza y decidió irse. Así continuó una larga lista.

En Argentina la política siguió con sordina manteniendo contactos y esperando tiempos mejores. Recuperamos la costumbre del uso del correo para comunicarnos afectos, sobre todo, ideas para el futuro y las nuevas andanzas de cada uno. Una ética de la solidaridad permeaba claramente nuestra conducta con los compañeros y también con los pacientes que lo necesitaban: definitivamente la actitud abstinentista dejaba mucho lugar para actuar sin más trámite. Un ejemplo: estaba por empezar el mundial del 78 y, aunque yo no lo sabía entonces, era el tiempo de la contraofensiva montonera, cosa que los milicos sí sabían. Un jueves a la noche, atendiendo un grupo, un paciente cuenta que la noche anterior una patota entró en su departamento y se llevó a su mujer; se habló, se lo contuvo, se tiraron puntas pero no quedaba claro el porqué del secuestro. Se va el grupo, yo tengo un llamado de un compañero, lo llamo y me dice –*Quería avisarte que lo internaron a Fulano (un jefe de nuestro grupo*

de militancia)-. Allí me cerró la historia de ambos pues habían trabajado en una misma dependencia gubernamental antes del golpe y alguien habría tirado nombres bajo tortura al voleo para salvar a otros más comprometidos. Entonces me corrí hasta el bar al que iban después de la sesión y compartimos la información.

Algo así debió ocurrir porque aparecieron ambos unas semanas después, pero la abstinencia y cualquier cálculo prudencial psicoanalítico desaparecieron. Algo de esto usé hace unos años en que debí hacerme una operación de cadera para colocarme una prótesis completa; una semana antes me llama un paciente para iniciar un tratamiento conmigo. Sin dudarle, le conté que dentro de una semana me haría esa cirugía, por lo que sería mejor que me llame en tres semanas en que seguramente estaría en condiciones de verlo, lo que él aceptó y así comenzamos. Sé que cada caso es singular y, agrego, cada analista también, pero debo decir que en un caso como el de Jay Greenberg presentado en el Congreso de Fepal (2014) y discutido en SAP, hubiera confirmado la percepción de la paciente, conciente o inconciente, del malestar físico que estaba sufriendo en un silencio abstinente el terapeuta. La buena evolución habría ocurrido igual pero la confianza habría subido sensiblemente.

Pero volviendo en mi relato a la época de la dictadura, había que seguir con los pacientes y renovar ámbitos de estudio y formación. Volví a la Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados a dar seminarios y me hice cargo de la Revista. Armamos un grupo para estudiar teorías distintas del psicoanálisis: sistémica, gestáltica y otras girando alrededor de los trabajos grupales.

Pero también lanzamos un Foro Psicoanalítico que empezó en el '76 mismo con tres parejas: los Dubcosky, los Marotta, los Simoes y yo mismo. Nos reuníamos los miércoles por medio y continuamos hasta hace menos de diez años, los componentes variaron con el correr de los años: Fernando Ulloa, Rafael Paz, Emiliano Galende, Dora Romanos, Gervasio Paz, Diego García Reynoso, Luis Horstein, Ricardo Avenburg, más invitados a reuniones ampliadas con colegas de otras instituciones psicoanalíticas y no analíticas; algún intento multidisciplinario y un par de reuniones con IPSI de Barcelona, dirigida por Valentín Barembliit. El combo de política y psicoanálisis perduró en el Foro pero en democracia las estridencias fueron más espaciadas y limitadas a lo social, a veces con sus peligros y miserias, otras con sus éxitos y progresos. Pero siempre con la certeza de apostar por la continuidad de la democracia, con paz y trabajo.

Para ir concluyendo

Debo comenzar diciendo que 30 y pico años después he vuelto a la IPA a través de mi ingreso a la Sociedad Argentina de Psicoanálisis, y debo decir que ha cambiado todo, más de lo que piensan los que nunca se fueron, y a mi juicio ha sido para bien.

La metáfora babélica para describir la multiplicación de lenguajes psicoanalíticos que se hablan, las teorías que se acrecientan sin poder llegar a desplazar definitivamente a las clásicas hacen cada vez más necesario la búsqueda de confirmaciones metodológicas, conversaciones con otras ciencias para lograr avances conjuntos.

Porque es necesario enfatizarlo: las psicoterapias alivian o curan los padecimientos mentales, el psicoanálisis está entre los que tienen resultados más consistentes y los psicofármacos ayudan si son bien usados en combinación con la psicoterapia.

Seguramente quienes exigíamos ¡cambios ya! éramos ‘apresurados’, pero los otros eran ‘retardatarios’, como solía decirse entonces...

De todos modos, espero que quede claro cómo todos los que convivimos en una época y una cultura lo hacemos envueltos en sus avatares y reaccionando como podemos a sus influencias. Pensemos, aunque muchos lo crean un pobre consuelo, que no se puede negar que nuestra especie, el *Homo sapiens*, está llegando bastante lejos desde que empezó su travesía y siempre existen los grupos críticos que buscan mejorar las cosas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Freud, S. (1979[1937]). Análisis terminable e interminable. (Vol. XXIII, p. 217). En: *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1913[1977]). Sobre la iniciación del tratamiento. *Obras Completas*. (Vol. XII, pp. 131-132). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Luchmann, N. (1988). *Sistemas Sociales*. Universidad Iberoamericana. (Cap 7. p. 236).

Melillo, A. (2000). Psicoanálisis y autopoiesis. El proceso psicoanalítico desde el punto de vista de la teoría de los **sistemas autopoieticos**. En: *ACTAS del Segundo Coloquio Interdisciplinar. Transformaciones. Psicoanálisis y Sociedad* (p. 133). Psi. Barcelona.

Maturana H. y Varela, F. (1994). *El árbol del conocimiento* (pp. 26-27). Santiago de Chile: Editorial Universitaria.